



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA



CAPÍTULO III

(Continuacion)

Compréndese bien la consternacion que produciria en toda la colonia la noticia de la muerte de Valdivia i el desastre de los españoles en Tucapel.

Lo supo primero la guarnicion del fuerte de Puren, por estar mas cercano, pero no en sus detalles completos. Mandaba esta fuerza el capitan Juan Gómez de Almagro, hombre de brios i de esperiencia, que habia partido con anterioridad de Imperial a socorrer a Valdivia con veinte hombres. Es de presumir que seguiria el camino de Cholchol i Lumaco i no el de la costa, con el propósito de cortar la retirada a los sublevados i obediendo las instrucciones de sus jefes.

El 3 de enero salió Gómez de Almagro con catorce hombres a cumplir su comision. Se internó por el paso de Lanahue, que da acceso por la cordillera de Nahuelbuta de Puren a Cañete i que entónces, como hoi mismo, estaba lleno de apretadas i estensas selvas.

Las primeras partidas de indios lo dejaron internarse tranquilamente. Sin embargo, de una que se presentó a combatirlo, salieron gritos que noticiaban a los españoles de la suerte de sus compatriotas; a lo que tuvieron que dar crédito luego por los despojos de armas i ropas castellanas que vieron en poder de los bárbaros.

Ante tales amenazas i evidencia de los hechos, la retirada se imponía.

En esta retirada, famosa en la historia i en el poema de Ercilla, el valeroso capitán se vió acometido en muchas emboscadas i reñidos encuentros, en que perdió siete de sus soldados i él mismo quedó a pié perdido por los bosques.

Los seis de sus compañeros que escaparon vivos de esta serie de combates desesperados, llegaron a Puren dispersos i heridos. Aquí rechazaron todavía otro ataque de sus perseguidores; pero, viendo la inutilidad de toda resistencia, abandonaron el fuerte i corrieron a encerrarse dentro de la ciudad de Imperial.

Con éstos llegó también una parte de los habitantes de los Confines o Angol, que, al saber lo sucedido, habían abandonado sus hogares i sus lavaderos para buscar refugio en el sur. Los demás tomaron el camino de Concepción.

Los fujitivos llevaron a Imperial la noticia de tan continuados fracasos de las armas españolas, i como no tenían datos exactos de los encuentros i sus resultados, todos supusieron que se trataba de un descalabro completo en que habría perecido hasta el mismo gobernador.

La apresurada huida de estos derrotados, no habría sido feliz tal vez sin el auxilio de una pequeña fuerza que salió oportunamente de la ciudad nombrada a Puren, a las órdenes de don Pedro de Avendaño i Velasco, otro militar práctico i distinguido de la lejudaría milicia castellana que peleaba en Arauco.

Uno de los soldados de esta partida encontró errante a Gómez de Almagro i lo condujo a la ciudad española.

Pedro de Villagrañ, la primera figura de todos esos hombres extraordinarios por tantos motivos, tomó en estos momentos de angustia las medidas mas sabias, las precauciones mas minuciosas, i "por ninguno de estos trabajos, dice un testigo ocu-

lar, jamas le cayó el ánimo e solicitud de su gran valor i cordura» (1).

Cuando se verificaron los sucesos de que habia sido teatro el sur del territorio araucano, se encontraba este jefe al otro lado de los Andes, como lo manifiesta el siguiente pasaje de un documento relativo a esa época: «estando el dicho Pedro de Villagran en la ciudad de la Imperial en el uso de lo que está dicho, tuvo noticia de cierta provincia de gente y salinas de sal que habia detras de la cordillera de nieve, cosa bien menesterosa y necesaria para la dicha ciudad y provincia, por la falta que della hay, por lo cual y por quel gobernador Pedro de Valdivia le habia escrito encargándole procurase pasar la cordillera a tomar noticia de qué tierra era y si era poblada, el dicho Pedro de Villagran se determinó de ir á descubrir la dicha provincia y salinas, en el cual tiempo fué asimesmo a descubrir la provincia del Lago, el señor gobernador Francisco de Villagran que al presente es, por mandado del dicho gobernador Valdivia» (2).

El cabildo de Imperial comunicó a Pedro de Villagran la muerte de Valdivia i la situacion apurada de los españoles.

Trasladóse apresuradamente el infatigable capitán a su jurisdiccion. Reunió aquí los elementos necesarios i el mayor número de soldados, como ciento cincuenta, para resistir los ataques de los indios sublevados, que luego debian comenzar.

Ordenó al propio tiempo a los vecinos de Villarrica que se replegaran con sus armas i caballos a Imperial.

Mandó llamar, por último, a Francisco de Villagran, que de regreso de su expedicion a las faldas orientales de la cordillera, se hallaba al sur de la ciudad de Valdivia buscando un lugar adecuado para la fundacion de otro pueblo.

Entretanto, las guarniciones del fuerte de Arauco i de los lavaderos de Quilacoya, se replegaban a toda prisa a Concepcion, auxiliadas por los indios comarcanos, aun indiferentes al levantamiento de las demas tribus.

(1) Declaracion de Alonso de Riberos sobre los méritos i servicios de Villagran, del libro *Valdivia i sus compañeros*, pág. 86.

(2) Interrogatorio presentado por Villagran, *Valdivia i sus compañeros*, del señor Medina, pág. 24.

Llevada la noticia de lo que acontecia a esta ciudad, apodóse de sus habitantes una impresion de terror. Pidieron socorros a Santiago, i el cabildo, para regularizar tal estado de cosas, pensó en designar un sucesor de Valdivia.

El jefe de la conquista habia hecho su testamento en 1549, la primera vez que salió para el sur, i dado una copia al cabildo de Concepcion. En él designaba la persona que debia reemplazarlo.

Esta corporacion abrió ese instrumento el 6 de enero. Aparecieron en él tres nombres en este órden: Jerónimo de Alderete, Francisco de Aguirre i Francisco de Villagran. Los dos primeros estaban fuera del pais; se proclamó, en consecuencia, al tercero como gobernador interino.

Pero, a los pocos dias de esta aclamacion, el cabildo de Santiago, sabedor de lo ocurrido en el sur, nombró a su turno para el mismo cargo al teniente gobernador Rodrigo de Quiroga, a quien se dió a reconocer por bando, prévia aceptacion, hecha con afectado interes al bien jeneral de la colonia, i el juramento solemne sobre una cruz de cumplir fielmente su mandato.

Lo dispuesto por Valdivia en su testamento, que los cabildantes procedieron a abrir el 12 de enero, los inquietó un tanto. Resolvieron guardar estricta reserva sobre el particular, i temiendo ántes que todo al nombre de Aguirre, comisionaron a su hijo Hernando, que residia en Santiago, para que llevase a la Serena la noticia de la muerte del gobernador, mas para alejarlo de la ciudad que para darle tal comision.

Acto contínuo se tomaron otras medidas tendentes a conjurar el peligro: el capitan Juan Jufré, salió a los contornos de Santiago a prevenir, con las crueldades de costumbre, cualquier intento de sublevacion de los indios, i otros dos se dirijieron a Concepcion con un escaso auxilio de soldados i mayor número de caballos.

Miéntas tanto Francisco de Villagran, noticiado de cuanto pasaba en el norte por el mensajero que despachó su primo Pedro, partió de las orillas del rio Rahue, afluente del Bueno, hácia Valdivia. Contentos lo recibieron los vecinos de esta ciudad, donde el cabildo lo proclamó justicia mayor i capitan jeneral de la gobernacion. Juntó aquí ciento cuarenta soldados,

de los cuales dejó sesenta de guarnición en el pueblo i con los ochenta restantes se encaminó en dirección a Imperial.

Igual recibimiento alegre se le hizo en esta población, i también el cabildo le confirió el honor del primer mando.

Después de una corta permanencia en este lugar, en el que aumentó su columna con algunos individuos de tropa, siguió con inusitada premura a Concepción, sin ser molestado por los indios de la costa, que ya se habían plegado a la rebelión.

En esta ciudad encontró cerca de ciento cuarenta hombres, que unidos a los que él traía, formaban una división respetable, suficiente para dominar a los indios rebelados i devolver la tranquilidad al vecindario. Acopió además otros elementos de guerra, como caballos, vestuario i armamento, entre el cual se contaban seis cañones de los llamados culebrinas i que habían llegado poco antes del Perú. Por primera vez los guerreros españoles iban a servirse de esta arma. (1)

A estas medidas agregó la de hacer salir para Valdivia en busca de víveres los dos buques de Francisco de Ulloa, que había regresado de su expedición al Estrecho de Magallanes, i otro a Valparaíso para que de ahí se trasladara un comisionado al Perú con las comunicaciones acerca de los sucesos de Arauco. Despachó asimismo a Santiago a sus capitanes Diego de Maldonado i Juan Gómez de Almagro, las dos primeras espadas en las últimas peleas, con el fin principal de obtener el reconocimiento de su jefe como gobernador.

Confirió el mando de la ciudad a su tío Gaspar de Villagran i salió a campaña el 6 de febrero.

(1) Se llamaba culebrina una pieza de artillería larga i de poco calibre. Dividiábase en varias especies, según el tamaño de la bala que arrojaban, tales como culebrina, media culebrina, cuarto de culebrina o sacre i octavo de culebrina o falconete. Todas estas especies, cuando tenían de largo de 30 a 32 diámetros de su boca, se llamaban lejitimas, i si tenían menos, bastardas. Los grandes cañones se llamaban *lombardas*, no conocidos en estas guerras de Arauco. Eran hechos de barretas largas de hierro de dos pulgadas de ancho, sujetas con aros de lo mismo i de casi una pulgada de grueso, en número desde diez hasta treinta; con cuatro, seis u ocho manillones, que a falta de muñones servían para sujetarlas a las cureñas. También había piezas llamadas *morteros*, cañón ancho de boca i corto de longitud; la cámara era esférica o esferoide, i tenía los muñones en la culata.

Hasta entónces no habia pisado el suelo de los araucanos un ejército mas brillante, bien equipado i dirigido por caudillos tan valientes i experimentados.

Iba de maestre de campo un célebre militar llamado Alonso de Reinoso, envejecido en las guerras de Centro América, el Perú i Chile, a dónde llegó en 1551 i se hizo famoso, no ménos por su valor como por su crueldad con los indios.

Al segundo dia de marcha arribó Villagran al valle de Colcura; al tercero se encontró al pié de la serranía de Marihuenu (1).

De la falda occidental de la cordillera de Nahuelbuta se desprende un ancho espolon que llega hasta el mar, en la ensenada de Arauco, alto i tajado, i en cuya base, llena de peñascos, se rompen con fuerza las olas. Por el lado del norte caen sus faldas al valle de Colcura i por el sur al angosto de Chivilingo, que cruza el riachuelo del mismo nombre. Cierra este último valle por el sur el cerro de Andalican. En la cima de ámbas montañas se estienden algunas pequeñas mesetas utilizadas hoi en la agricultura.

Estos contrafuertes de la cordillera marítima estaban cubiertos de espesos bosques en las alturas i de matorrales en los bajos.

Ningun indio se dejaba ver en estos lugares. El precavido Reinoso, intranquilo con esta circunstancia, intentó practicar un reconocimiento; pero Villagran, mas confiado en el poder i en la resolucion de su magnífico ejército, ordenó seguir adelante sin establecer un servicio de seguridad.

Los cerros de Marihuenu se atravesaron sin otras dificultades que los inconvenientes del terreno.

En la tarde, el jefe español hacia acampar sus tropas en el valle de Chivilingo, donde pernoctaron sin ningun cuidado.

Solamente el implacable Reinoso hizo destruir los sembrados de los indios.

Al rayar el dia siguiente, 23 de febrero, el ejército comenzaba a subir el cerro de la márjen izquierda del riachuelo. Cuan-

(1) *Mariqueñu*, dicen algunos historiadores, pero la verdadera palabra es *Marihuenu*, diez alturas.

do llegaba a una de las medianas planicies de la cima, se oyeron de repente gritos aterradores i por todos lados aparecieron grupos numerosos de guerreros araucanos: era una sorpresa hábilmente preparada, se supone que por Lautaro segun el testimonio de la mayoría de los cronistas (1).

Cinco o seis mil indios se habian movido en la noche. Unos se habian situado en los cerros del norte, a retaguardia de los españoles, para obstruirles la retirada con árboles cortados i palizadas, i otros, capitaneados por Lautaro, se colocaron al frente, en los cerros del sur.

En el primer momento Reinoso mandó funcionar los cañones, que manejaban veinte artilleros. El fuego de esta artillería causaba en las filas de los indios bajas de consideracion, aunque se echaban al suelo por temor i para evitar los efectos de las balas o de "las pelotas", como se decia en el tecnicismo militar de aquel tiempo. No por esto retrocedian los araucanos; solo una carga de caballería los arrolló i los hizo huir por las faldas, táctica que adoptaron aquí como en Tucapel para verse libres de los caballos i aparecer en otro punto.

La vanguardia de Reinoso se mantenía, pues, en muy buenas condiciones de defensa cuando llegó Villagran con su fuerza de refresco. Nadie dudaba de la victoria con tan oportuno contingente.

Entró en pelea esta division que formaba el grueso del ejército; pero coincidió esta faz de la batalla con la aparicion de otras porciones de indijenas que se presentaban en doble fila, con la flechería adelante i las picas, macanas i lazos detras.

Esta arma estraña, que causó graves perjuicios a los españoles, consistía en un lazo de juncos o corteza de árbol atado a la estremidad de una larga vara. Arrojado a la cabeza de un español, con una lazada a propósito, i recojido con violencia, servía para derribarlos de sus cabalgaduras. Hasta el mismo Villagran estuvo en riesgo de perecer de este modo, si no hubiese sido salvado por los que estaban cerca de él.

(1) Góngora Marmolejo afirma que el jefe de los indios fué Petehuel, cacique de Arauco; Ercilla i los demas cronistas nombran a Lautaro i Mariño de Lobera, a Caupolican. Lo mas probable es que varios concurrieran con su jente, como lo han hecho posteriormente en otras jornadas los caciques.

La presencia de enemigos a la espalda de los castellanos, en los cerros del norte, determinó a Villagran a suspender el combate para celebrar consejo con sus capitanes.

Los araucanos se entregaron por un rato al descanso, despues del cual se precipitaron con irresistible bravura, union i celeridad sobre los cañones. Trábase una encarnizada lucha alrededor de éstos: algunos artilleros quedan muertos, otros huyen i todos los españoles bajan en seguida al valle de Chivilingo en completa confusion. Las vencedoras huestes indíjenas, atronando el aire con gritos de victoria, arrastran la artillería a sus líneas.

Al llegar los tercios derrotados al espolon del norte, se encontraron con crecidos grupos araucanos de reserva. Renovóse aquí la batalla en peores condiciones para los vencidos, porque los indios les habian puesto árboles cortados i troncos en algunos pasos que presentaban mas fácil retirada. El desbande se hizo incontenible. Los que tomaban un sendero que conducia al mar, hostigados por todas partes, encontraban una muerte segura en los despeñaderos de la playa, i los que lógraban salir a la llanura, continuaban siendo perseguidos, i como sus cabalgaduras estaban demasiado fatigadas, caian a veces a los golpes de sus perseguidores. De cuando en cuando volvian pequeñas partidas de españoles para contenerlos en esta obstinada persecucion.

Noventa i seis hombres perecieron en la jornada.

Así concluyó el lucido ejército castellano, esperanza de la colonia i orgullo de Villagran, que legó su nombre al teatro de esta famosa batalla.

Cuando los fujitivos llegaron al Biobio, los indios de servicio habian destruido la embarcacion que servia para pasar el rio. Por fortuna, unos pocos pudieron atravesarlo en algunas canoas i pedir auxilio a Concepcion. El resto ganó la ribera opuesta en la mañana siguiente en balsas de carrizos, precisamente cuando los indios llegaban tras ellos a la márjen del sur (1).

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, capítulo XVI. MARIÑO DE LOBERA, capítulo XLVIII.

De los habitantes de Concepcion se apoderó un pánico extraordinario; todos pensaron en huir a Santiago para no caer así en manos de las hordas de salvajes. El cabildo, de acuerdo con Villagran, fué tambien de opinion que se despoblara la ciudad.

Inútilmente una señora española llamada doña Mencía de Nidos desplegó en esta ocasion una varonil enerjía para disuadir al pueblo, perorándolo en la plaza pública, a que abandonara sus propósitos i para increpar al mismo Villagran de cobarde i mal funcionario.

Nada podia contener el miedo de los vecinos. A fines de febrero se veia el camino de Santiago lleno de jente que marchaba a pié, con sus objetos mas queridos a la espalda.

En dos embarcaciones que habia en el puerto se colocó a muchas mujeres, a los niños i los hombres imposibilitados para viajar por tierra.

Luego se apoderaron los indios de la ciudad, la saquearon i redujeron por último a cenizas.

Los emisarios de Villagran habian llegado ya a Santiago el 7 de febrero, presentándose al cabildo e informándolo de los sucesos del sur, despues de lo cual le entregaron las comunicaciones de su jefe.

La corporacion temió la influencia de Villagran i no se atrevió a sostener de un modo categórico a Quiroga. Con todo, envió un comisionado a comunicar al gobernador de las ciudades del sur el acuerdo de dividir la jurisdiccion de Chile en dos partes, una al sur del rio Maule, que seria mandada por Villagran, i otra al norte, que gobernaría Quiroga.

Esta resolucion tendria el carácter de provisional, hasta que la audiencia de Lima o el rei resolvieran la competencia.

Con este fin, el cabildo comisionó a Gaspar de Orense para que se trasladase a Lima i a España con informaciones detalladas de las ocurrencias últimas del país, i en las que se pedian al mismo tiempo auxilios i el nombramiento de gobernador para Villagran. Esta última peticion obedecia al temor de que fuera nombrada otra persona estraña a la colonia i les arrebatara los derechos adquiridos en sus repartimientos.

Orense partió en una embarcacion que llegó de Concepcion

i arribó a mediados de marzo al Callao. Una vez en Lima, entregó las comunicaciones a la audiencia.

Esta corporacion, que gobernaba entónces el Perú, no estaba en situacion de poder atender las exigencias del cabildo de Santiago, porque se hallaba preocupada con la revolucion que habia encabezado en el sur del virreinato el caudillo Francisco Hernández Jiron.

En vista de tal indiferencia, Orense partió para España; pero el buque en que iba embarcado naufragó en las costas de África i él como todos los tripulantes perecieron ahogados, bien que las comunicaciones llegaron a su destino.

Tal estado de cosas se empeoró con la noticia que llegó a Santiago del desastre de Marihuenu. El cabildo no desamparó a los fujitivos, pues envió inmediatamente a una comision de rejidores que los auxiliase en su retirada.

Antes que entrara Villagran a la ciudad, la corporacion quiso evitar un choque armado entre los pretendientes i asumió el mando, en conformidad a las leyes i prácticas tradicionales que rejian a los cabildos. Para tomar esta determinacion, pidió a Quiroga su renuncia; no con entera voluntad entregó éste la vara, insignia de autoridad en aquellos tiempos; hubiera querido resistir a su competidor.

Luego que Villagran llegó a Santiago solicitó del cabildo que lo reconociera como capitán jeneral, a fin de poder juntar recursos, hacerse respetar de los soldados i salir al sur. Negáronse los cabildantes con entereza i dignidad i únicamente le ofrecieron dinero para la empresa de pacificar a los indios, bajo la fianza respectiva.

Resolvió el mariscal someterse a esta decision i esperar en la ciudad el jiro que tomaban sus pretensiones, en vez de salir a campaña.

Iba a entrar este desagradable negocio de competencia a su período de mayor peligro i escitacion. Francisco de Aguirre habia llegado a la Serena, donde el cabildo lo reconoció como capitán jeneral i justicia mayor. Se comunicó este acuerdo al de Santiago, haciéndole presente que Aguirre lo haria respetar en último caso por medio de las armas.

Este esforzado capitán volvia de la conquista de Tucuman,

a donde había ido por órdenes de Valdivia en 1552. Consumada su obra magna, como todas las de estos hombres férreos de voluntad i de cuerpo, se trasladó a Chile cuando supo que por disposicion testamentaria de Valdivia le correspondia el gobierno de la colonia.

El cabildo no se arredró con esta nueva dificultad i, ántes por el contrario, se preparó a afrontarla con la misma entereza que habia dirigido sus actos anteriores. En efecto, se reunió el 25 de mayo i acordó, que una comision compuesta de dos de sus miembros se trasladase a la Serena a notificar a Aguirre que no entrara a su jurisdiccion a perturbar la tranquilidad pública.

Aguirre era hombre fogoso, resuelto i audaz i contestó por lo tanto a esta embajada con un verdadero reto: despachó a su hijo Hernando con cartas para el cabildo en que lo apremiaba terminantemente a la entrega del mando.

Se temia como próxima la guerra civil i se comenzaba a sentir la escasez. Muchos vecinos de Santiago, previendo mayores contratiempos para lo futuro, pretendieron irse al Perú; mas el cabildo se opuso a ello; i en cuanto a la competencia entre Villagran i Aguirre, determinó resolverla por medio de un tribunal de dos letrados que entónces residian en la ciudad. Aceptó el primero la idea, pero el segundo la rechazó como contraria a su derecho bien definido.

Con todo, la corporacion constituyó el tribunal arbitral, que lo componian los licenciados Julian Gutiérrez de Altamirano i Antonio de las Peñas. Los jueces i Villagran juraron con toda solemnidad ante el cabildo instalado en una capilla de la iglesia mayor, éste de respetar el fallo i aquéllos de pronunciarlo imparcial i honradamente.

Despues de algunas dilaciones, los árbitros se embarcaron el 30 de setiembre en el buque *Santiago*, anclado entónces en Valparaíso, i, como candoroso trámite, se hicieron a alta mar, para imprimir así a su sentencia el sello de absoluta imparcialidad.

A los dos dias regresaron al puerto. El fallo fué dado en el sentido de que Villagran partiera al sur, i que si dentro de siete meses la audiencia no designaba un gobernador, el cabildo reconociera al mismo como tal.

Unicamente el juez Altamirano firmó el dictámen; el otro se dirigió al Callao con un emisario del cabildo que iba a dar cuenta de estas incidencias.

Aunque se publicó por bando la resolución, Villagran, quebrantando su juramento, no acató la sentencia. Obligó a los capitulares a concurrir a su propio domicilio, i violenta i tumultuosamente los hizo reconocer su autoridad, ayudado por sus capitanes, entre los cuales se hallaba el reputado Alonso de Reinoso. Ejecutó en seguida algunos actos de atropello contra los tesoreros reales para obtener dinero i partió para el sur con ciento ochenta soldados.

El cabildo reasumió el mando del distrito de Santiago.

Pero no habian terminado los peligros de estos dias de prueba. Aguirre, a continuacion de reclamar otra vez el cargo de gobernador, despachó para la ciudad principal de la colonia a su hijo Hernando, con dieciseis jinetes. Prevalíase el pretendiente del norte para seguir en su empeño, de una orden que habia recibido de la real audiencia de Lima para que apresara al rebelde Hernández de Jiron, derrotado en el Perú, si llegaba a su jurisdiccion. Segun él, esta orden importaba el reconocimiento implícito del título que reclamaba.

El cabildo armó al vecindario, hizo fabricar armas i puso a la jente de guerra a las órdenes de los alcaldes Rodrigo de Araya i Alonso de Escobar.

El 7 de enero de 1555 entró Aguirre el jóven a la ciudad, con su jente en son de combate i llevando encendidas las mechas de los arcabuces, que abocaron a los alcaldes que habian acudido a socorrerlos. Rodeólos el pueblo i los desarmó sin efusion de sangre.

Se obligó a Aguirre a volver a la Serena i sus soldados fueron distribuidos entre los vecinos, para aislarlos i hacerlos menos peligrosos.

Ardió en ira i enojo Francisco de Aguirre cuando supo en la Serena la captura de sus soldados. Sin dilacion envió a uno de sus capitanes con una comunicacion amenazante contra el cabildo si no le entregaba su jente. Los capitulares, siempre con ánimo sereno i enérgico, deseando evitar alborotos, comisionaron a Rodrigo de Quiroga para que se trasladase a la poblacion del

norte a entregar a Aguirre sus soldados, para amonestarlo i hacerlo responsable con su vida i sus bienes de cualquier ataque a la capital.

Tuvo que sosegar el bullicioso i desaconsejado caudillo, mas por el menor número de su tropa que por amor al órden público i el servicio de Dios i de su majestad el rei.

Desde entónces pudo entregarse el cabildo con tranquilidad a tomar algunas medidas salvadoras. Ordenó los ejercicios militares de los vecinos, el aprovisionamiento de víveres en la ciudad i la espedicion del capitan Juan Jufré a reprimir los síntomas de rebelion de los indios sometidos hasta el Maule.

Por suerte, del norte i del sur llegaron noticias halagadoras: Hernández de Jiron habia sido decapitado en Lima i los indios contenidos en Arauco.

La confianza renació i se mandaron recojer las armas (1).

La dilijencia i el valor de Pedro de Villagran habian contribuido a contener en el sur a los indios triunfantes.

Resuelto a vender cara su vida i la de los suyos, completó las medidas de seguridad i defensa de Imperial, construyendo palizadas en las avenidas de las calles, redoblando «las velas» o guardias de la plaza, reuniendo buenos caballos i perros alanos, llamados hoi de presa, que valian en aquellas circunstancias tanto como los hombres.

Descontada la jente que le sacó el otro Villagran, quedábanle a lo sumo cien soldados.

La ubicacion de la ciudad, donde ahora está el pueblo de Carahue, se prestaba ventajosamente a una larga i enérgica resistencia, por hallarse asentada en la meseta de una eminencia como de veinte metros de altura. Por el sur i el poniente corre el rio Imperial, quedando entre las aguas i la colina vegas de regular estension i mas pantanosas entónces que al presente. Por el norte baja estrechado por los cerros altos de la cordillera marítima el riachuelo Damas i por el este se levantan unas lomas de mayor elevacion.

Era, pues, el campamento español una especie de ciudadela inespugnable.

(1) BARROS ARANA, *Historia Jeneral de Chile*, tomo II, cap. XIII.

Faltos de cohesión en sus planes los indios, indiferentes, cuando no se veían atacados, de la suerte de las otras tribus, entregados a las borracheras i como dormidos a continuación de una victoria, se demoraron en ordenarse i marchar contra la ciudad de Imperial después de arrasar a Concepción.

Sin embargo, como en la mitad de abril se presentaron en gran número a sus cercanías, mandados seguramente por el fogoso Lautaro.

Los defensores de la ciudad estaban apercibidos para recibirlos i bien informados, por los indios yanaconas de Villagran, de su aproximación i demás pormenores referentes a su organización.

Estos útiles auxiliares eran trabajadores de sus lavaderos i encomienda antes del levantamiento, "escojidos i muy buenos indios, dice un documento que se refiere a estos sucesos, para en todo aquello que se les encargaba e mandaba, los cuales eran muy convenientes i necesarios, porque a éstos, que como personas con amor i voluntad seguían al dicho Pedro de Villagran i obedecían lo que por él se les mandaba, se les encargaba la toma de especial i centinelas de los dichos naturales, descubrimientos de campos i malos pasos, i en efecto, eran de tanto provecho, que mediante el buen subceso que con las obras que hacían, muchas veces eran partes para conseguir la victoria en lo principal" (1).

Los asaltantes se encontraban ya a tres leguas de la ciudad disponiéndose a embestirla cuando sobrevino una terrible tempestad, de las primeras que suelen estallar en los inviernos de esta región. En las circunstancias de estos fenómenos meteorológicos era en lo que conocían mejor la voluntad de Pillan, dios del trueno i por extensión de la guerra. Tanto el agua cuanto la interpretación desfavorable quizás de los adivinos, obligaron a los indios a dispersarse precipitadamente para dirigirse a sus chozas de las comarcas de Puren i Tucapel, de donde procedía la mayor parte.

(1) Información de los servicios de Villagran, *Pedro Valdivia i sus compañeros*, por J. T. MEDINA, páj. 35.

Con una fraccion de sus tropas picó Villagran la retaguardia de los que huian con la furia que es de suponer.

Atribuyeron los españoles este hecho casual a milagro patente del cielo, i los cronistas lo completaron mas tarde con portentosas apariciones del demonio, de la Vírjen, de santos, o de animales como gatos i copos de fuego que vagaban entre los bárbaros (1).

El peligro no habia desaparecido para los defensores del pueblo con la dispersion de las huestes de Lautaro. Quedaban rebeladas todavia las tribus inmediatas, especialmente las que habitaban la zona comprendida entre los rios Imperial i Toltén.

Habian aprendido a defenderse en fortificaciones rudimentales, que hacian con palizadas en lugares encerrados por ciénagas. En esos trozos de campo construian habitaciones, se amontonaban con sus familias i estaban a la mira del momento oportuno para atacar a sus enemigos.

Villagran no se daba reposo en desbaratarlos cada vez que se reunian de manera i en número que fuesen una amenaza. Efectuó en especial dos escursiones en que libró reñidos combates i estuvo espuesto a ser vencido.

En una de estas salidas, favorecido por la densa neblina de una mañana, sorprendió uno de estos fuertes o *pucará*, como los llamaban los soldados castellanos, acorraló a los indios dentro de él, los acuchilló sin compasion i les quemó sus habitaciones.

Seguidamente dirijió sus lanzas a otro de estos recintos, mejor defendido i fortificado que el anterior, en un lugar del lado de Maquehua, al sur del Cautín, que entónces tenia el nombre de Peltacavi.

Por medio de sus sagaces rastreadores i espías yanaonas, descubrió dos puntos de no difícil acceso. Por ellos acometió con su ordinario arrojo. Los bárbaros pelearon aquí con valor i tenacidad. Al fin los españoles penetraron al fuerte; pero todos ellos, incluso su jefe, salieron heridos (2).

(1) ERCILLA, canto IX; MARIÑO DE LOBERA, capítulo II, libro I; OLIVARES, capítulo X, libro II.

(2) *Valdivia i sus compañeros*, páj. 29, 87 i otras.

En el ímpetu de una acometida, habian penetrado a caballo al interior de la palizada por una entrada tan estrecha, que cuando se concluyó la pelea apenas cabia por ella un hombre a pié.

Túvose asimismo este incidente por los rudos conquistadores como manifiesta proteccion divina.

Los habitantes i la guarnicion de la ciudad recibieron a Villagran con el mayor júbilo i agasajo.

Con todo, los indios vencidos en una parte se reunian i preparaban a la pelea en otra. Despues de estos combates, buscaron refugio en las islas i riberas de una laguna llamada en aquel tiempo Pirlauquen, despues Colca i en la actualidad Budi.

El jefe incansable de la plaza comenzó sin perder un instante a disponer una segunda espedicion a esos lugares.

Está contigua esta laguna a la playa del Pacífico i dista como nueve kilómetros al sureste de la desembocadura del rio Imperial. Se estiende del sureste, por donde se arrima demasiado al mar, al noroeste. Su forma es irregular, con tres grandes brazos que avanzan dentro de la tierra a modo de ensenadas, uno al lado norte, otro al poniente i el tercero al sur. Tiene como doce kilómetros de largo i uno i medio de ancho, mas o ménos, escepto en la entrada del poniente, donde se ensanchará hasta cinco kilómetros.

Está completamente rodeada de cerros cuyas lomas i quebradas van a morir cerca de sus orillas. Las riberas son bajas i displayadas hasta algunos metros dentro del agua.

Afluyen a ella cuatro riachuelos, el Temu, el Comoe, Allipen i Malalhue, que en la estacion de las lluvias son verdaderos torrentes. Los dos primeros son navegables hasta una distancia de cuatro kilómetros i facilitan la conduccion de cereales, cáscara de lingue i madera de estos lugares a Bajo Imperial.

Hácia el poniente se levantan de su fondo cuatro islas, una mui contigua a la ribera, i otra hácia el norte, que es la mayor de todas, de treinta hectáreas aproximadamente, cubierta de lomas vegetales i habitada al presente, como una de las anteriores, por familias indijenas.

Las aguas son salobres, i se comunica con el mar por un canal

que lleva el mismo nombre, con una estension de doce a trece kilómetros i una anchura media de sesenta a ochenta metros, i por donde se dejan sentir la alta i la baja marea. Esta comunicacion se verifica despues de los meses de las lluvias. En noviembre, diciembre i a veces en enero, los vientos del sur i las olas del mar aglomeran las arenas en la boca del rio i obstruyen su curso; es entónces cuando se dice que el Budi está cerrado.

Llega la estacion de las lluvias i los riachuelos hinchan tanto las aguas de la laguna como las del canal que cubren los bajos i las vegas, que los indios denominan *huave*. Poco a poco las aguas del rio tienden a romper hácia el mar humedeciendo las arenas, que reciben ademas el embate de las olas. En ocasiones los indios apresuran la salida de las aguas que han cubierto sus fértiles vegas, abriendo con arados una pequeña acequia.

Al principio se establece una mediana corriente; pero luego se ensancha, adquiere mas velocidad, i de improviso ceden las arenas i un torrente inmenso, con asombrosa rapidez i un ruido atronador e imponente se precipita al océano. Dos días por lo ménos continúan saliendo las aguas con tan extraordinaria corriente, que impiden el tráfico por el canal. Despues adquieren el aspecto de un rio solo hasta unos siete kilómetros hácia el mar, cerca del cual se dilata i detiene como una laguna.

Este pintoresco receptáculo fué, segun las palabras del cronista Rosales, «célebre por los indios que lo cercan i por las islas, donde se recojen los enemigos para defenderse de los asaltos de los españoles.» (1)

Elijó, pues, Villagran sesenta de sus mejores jinetes, muchos indios auxiliares i las mas bravas jaurías de la plaza salió para el lugar adonde se reunian los araucanos.

Por el rio iban todas las canoas que fué posible hallar en las inmediaciones de la ciudad.

A la altura de la laguna, detuvo la columna su marcha. Sacáronse las canoas, trasportáronse a hombro como media legua i arrojáronse en seguida al desaguadero del estuario.

(1) Datos del ingeniero de la colonizacion don Agustin Cabrera i del respetable vecino de Bajo Imperial don José Duhalde.

Los indios se habian establecido en la isla grande, próxima al canal, en el que se botaron al agua las embarcaciones.

Hizo embarcarse Villagran veinticinco soldados a las órdenes del capitán Juan de Villanueva i los mandó reconocer las posiciones enemigas. Aunque los bárbaros opusieron una enérgica resistencia, se conoció el sitio mas cómodo para el desembarco.

Practicado este reconocimiento, puso en las canoas el mayor número de soldados que en ellas cupieron i con los caballos a nado i sostenidos de la brida, ordenó bogar en direccion a la isla.

Saliéronles al encuentro los indios en la ribera, i, con el agua hasta el pecho, trabaron con los españoles un reñido combate. Desorganizados los primeros por un caballo que se soltó i se metió entre ellos, pudieron los segundos, despues de embestidas desesperadas, saltar a tierra.

Al punto volvieron las embarcaciones por la demas jente i bien pronto se hallaron reunidos todos en la isla.

Para resguardar su retirada, dejó Villagran en tierra firme quince hombres a caballo i sus fieles yanaconas al mando del capitán Gregorio de Castañeda.

Se ordenaron los españoles i prévia una rápida exhortacion patriótica de Villagran, avanzaron a las líneas de los araucanos, quienes, rehechos ya, esperaban el ataque bien parapetados.

Los castellanos "dieron Santiago en ellos", o cargaron a la voz de guerra en que entraba el nombre de este santo. (1)

Indecisa estuvo la batalla por espacio de tres o cuatro horas, con alternativas favorables o adversas para la hueste castellana. Temiendo su jefe el cansancio i la consiguiente derrota, en un momento de supremo peligro, revuelve su caballo en todas direcciones, arenga a su jente, la ordena i carga al frente de ella. Consigue, al fin, dispersar a los indios i los empuja al agua, donde muchos perecen ahogados o van a estrellarse con Castañeda i los perros de presa.

Manda detener la matanza i reunir a los prisioneros. Los comprende por su actitud, los amenaza i pone en libertad, rasgo quizas de buena política que no de magnanimidad.

(1) Informacion de los servicios de Villagran, páj. 293.

Como mil indios murieron en la refriega i solo un español, si bien casi todos salieron heridos, i entre éstos, el mismo Villagran (1).

Por tercera vez la Providencia favoreció a los españoles con un milagro en estos tiempos de afliccion para ellos, al decir del cronista Mariño de Lobera: "Sucedió entónces una cosa de grande espanto, que estando los indios con las espaldas a la mar, salió una ola de sus límites con tanto exceso, que arrebató dos mil de ellos i los tragó sin que alguno escapare." (2).

Si algo extraordinario sucedió ese día, pudo haber sido sin duda el rompimiento del canal que une el mar con el estuario.

Esta victoria salvó el sur, permitió al gobernador de Imperial emprender otras correrias contra los indios i trasladarse a Valdivia con un pequeño refuerzo para salvarla de la desesperacion i de una caida inminente.

El cabildo de la primera ciudad pudo también despachar emisarios al de Santiago i a la audiencia de Lima, con algunas comunicaciones que daban cuenta de los últimos sucesos militares del sur.

El alzamiento jeneral de los indios, obligándolos a todos a tomar las armas i a sus familias a cambiar de residencia en los parajes amenazados de la zaña española, contribuyó a que la escasa agricultura se abandonara i a que los animales domésticos se perdieran o se concluyesen.

Sobrevino el hambre en muchas tribus en el invierno de 1554; pero no en las proporciones exajeradas de que hablan los cronistas, los cuales trazaron cuadros horrorosos de hijos comidos por sus padres, de indios que se cazaban entre sí para devorarse, o que los caciques engordaban para alimentarse.

Los sembrados de los araucanos eran reducidísimos durante la conquista i estaban entregados en gran parte, como en todos los pueblos inferiores, al trabajo de la mujer. Apénas cultivaban un poco de maiz, *hua*; de *hueguen*, de *tuca*, semejantes a la ce-

(1) Informacion de los servicios de Villagran, volumen XIII de «*Documentos inéditos*» de don J. T. MEDINA, titulado *Valdivia i sus compañeros*, páj. 31, 183 i otras.

(2) *Crónica del reino de Chile*, libro I, capítulo LI.

bada; de *mangu*, centeno; de *madi* i *dahue*, otras semillas. De todas había tambien especies silvestres.

El bosque i las patatas silvestres les suministraban buena porcion de alimentos, que completaban con la caza. Entónces bajaban de las dos cordilleras a los valles grandes manadas de animales estinguidos hoi u ocultos en lo mas áspero de las montañas, como, entre otros, el leon, *pangi* (*Felis concolor*); la huiña (*Felis pajeros*); el *pudu*, que los españoles llamaron venado (*Cervus pudu*); el *huemul* (*Cervus chilensis*); el huanaco o *luan* (*Auchenia huanaco*) (1).

Debe agregarse a esto la pesca de los rios, lagunas i principalmente del mar.

En pos del hambre vino una epidemia que los escritores contemporáneos no supieron definir. Designáronla con la palabra indijena alterada, *chavalongo*, de *chavalonco*, pesadez de cabeza. Probablemente fué alguna fiebre infecciosa, como el tífus.

El hecho es que causó innumerables víctimas, aunque no en las proporciones tan exajeradas que éstos mismos calcularon, pues de encomiendas que suponian pobladas con diez mil u ochocientos indios, quedaron, respectivamente, ciento i ochenta (2).

Miéntas tanto Francisco de Villagran seguía su marcha desde Santiago a la cabeza de sus ciento ochenta soldados i de un crecido número de indios de servicio. Al terminar el mes de noviembre de 1554, penetraba por el camino de la costa al territorio araucano, bien persuadido de que iba a tener que combatir con los naturales aun alzados i triunfantes. Sin encontrar enemigos, llegó a Imperial, donde su aparicion reanimó el espíritu decaído del vecindario i fué acompañada de aclamaciones, aplausos i festejos, como juegos de cañas.

Despues de estos regocijos i de cumplimentar Villagran a los heroicos defensores de la ciudad, comenzaron las correrias con-

(1) MOLINA, *Compendio de la historia natural del reino de Chile*, libro IV.

Existen tradiciones actualmente entre los indios de grandes hambres, como la de 1839, en que las plantas silvestres fueron su principal alimento. Sin el recurso de la abundante caza antigua, comian ratones del campo i cueros cocidos.

(2) CÓRDOBA I FIGUEROA, libro II, capítulo XXI.

tra los indios. Envió un refuerzo a Valdivia, i su segundo i primo del mismo apellido salió con ochenta hombres para Concepcion, a fin de reducir buenamente a los naturales, i de aquí hasta el antiguo asiento de la poblacion de Angol, donde se decidió a pasar el invierno (1).

Al mismo sitio arribó tambien el jeneral don Francisco, saqueando i destruyendo cuanto le sujeria su furor de venganza, ya que los bárbaros no se atrevían a presentarle batalla.

Ufano i victorioso se encaminó en seguida al norte a reclamar el mando de la gobernacion. Con este propósito despachó sucesivamente a dos emisarios para que reclamasen el cumplimiento del fallo de los letrados ante el cabildo. Se mantuvo firme i enérgica la corporacion como ántes, i sin intimidarse de amenazas, se negó rotundamente a las pretenciones del ambicioso i tenaz jeneral del sur.

Al fin, la audiencia de Lima, al cabo de algunas vacilaciones, se propuso resolver la competencia. Aprovechando el viaje a Chile de un contador del tesoro real i rejidor del cabildo llamado Arnao Segarra Ponce de Leon i agraciado por el rei con este título, le entregó las comunicaciones referentes al negocio. En ellas se ordenaba que se mantuviera el estado de cosas subsistente a la muerte de Valdivia, que no se emprendiesen nuevas conquistas, que se repoblase la ciudad de Concepcion i refundieran en una las de Imperial i Valdivia; los alcaldes ordinarios debían seguir gobernando en lo administrativo en sus respectivas jurisdicciones.

Llegó este personaje a Santiago, se presentó al cabildo i los titulares, despues de besar los pliegos cerrados i de colocárselos en la cabeza en señal de respeto i sumision, se impusieron de su contenido i lo hicieron pregonar por bando.

Los dos rivales se sometieron a esta resolucion; pero temiéndose en la colonia el nombramiento de un gobernador de fuera, todos aunaron sus empeños para pedir a la real audiencia la designacion del prestigioso Rodrigo de Quiroga.

Dióse entretanto cumplimiento a la órden de Lima para repoblar la ciudad de Concepcion. Con este objeto salieron de

(1) Informacion de los servicios de Pedro de Villagran, páj. 35.

Santiago los capitanes Juan de Alvarado i Francisco de Castañeda con ochenta i ocho hombres, el 1.º de noviembre de 1555. Las mujeres, los niños, víveres i útiles se embarcaron en el navío *San Cristóbal*. Villagran acompañó a los repobladores hasta el río Itata.

Llegados al antiguo asiento de la ciudad, comenzaron los trabajos con prontitud i sin temor alguno, pues los naturales se mostraban en apariencia sometidos. Mas, al amanecer del 12 de diciembre, atacaron éstos la naciente ciudad, mandados por Lautaro, i derrotaron a los castellanos, despues de una larga i sangrienta batalla, reñida primero en unas lomas contiguas a la poblacion, despues en el fortin i por último en la playa del mar.

Los indios usaron por primera vez unos gruesos postes o trozos de madera que clavaban en el suelo i garrotes cortos que arrojaban a la cabeza de los caballos.

Los españoles perdieron este día la tercera parte de su jente.

Los derrotados huyeron a Santiago i cuando llegaban a las orillas del Maule, deshechos i estenuados, recibieron los auxilios que les envió el cabildo, atento siempre a las necesidades mas premiosas del país.

El mismo cabildo se preocupó, ademas, en conjurar otro peligro que traía alarmados a los colonos: el levantamiento de algunos indios de las inmediaciones del Maule. Comisionó para reprimirlo al capitan Juan Jufre, quien ahogó en jérmén este intento de rebelion con la severidad implacable que era usual en los españoles.

Miéntas en Chile los pretendientes al mando casi se iban a las manos, hacía en España jestionés en su propio beneficio Jerónimo de Alderete. Desde 1553, fecha de su llegada a esa nacion, activaba una serie de peticiones ante la corte; sus méritos i servicios en América lo favorecian para ser atendido de los príncipes i magnates.

Cuando se supo la muerte de Valdivia, entró de lleno a solicitar el gobierno de Chile para sí. Con este objeto se trasladó a Inglaterra, donde se hallaba el príncipe don Felipe, a presentar su solicitud a la gobernacion vacante. Bien atendido en sus pretensiones, se trasladó nuevamente a España. La prince-

sa gobernadora doña Juana le estendió en mayo de 1555, en Valladolid, el título de adelantado del Nuevo Estremo i provincias de Chile, i se le permitió traer a su esposa doña Esperanza de Rueda, otros miembros de su familia i algunas joyas de oro i plata labrada (1).

Se le amplió poco despues el territorio de su jurisdiccion hasta el estrecho de Magallanes.

Durante su permanencia en Lóndres, Alderete referia a los caballeros españoles las particularidades del país i de la guerra de los araucanos. Uno de los pajes del príncipe, el mas tarde célebre Alonso de Ercilla, sintiendo enardecida su imaginacion con las leyendas i tragedias de Arauco, pidió permiso para acompañar al viejo conquistador.

Al saber la audiencia de Lima este nombramiento, como un año despues, nombró en calidad de interino a Francisco de Villagran correjidor i justicia mayor de la gobernacion.

Mal se avino con este nombramiento el jeneral Francisco de Aguirre, aun en la Serena; pero Villagran salió con treinta hombres a reducirlo a la obediencia.

Trasladóse aquél a Copiapó. Lo habria seguido ahí el segundo a no haber sabido la actitud amenazante de los indios en el sur i la noticia, comunicada por su mismo competidor, de que un emisario llegado por el norte comunicaba el nombramiento de un nuevo gobernador, que habia hecho el virrei don Andres Hurtado de Mendoza, recien llegado al Perú.

En efecto, Alderete habia salido de España en octubre de 1555. Obligado por una tempestad a retroceder a Cádiz, al poco tiempo volvió a continuar su viaje i llegó sin novedad al istmo de Panamá; pero cuando se creia libre de peligros i le sonreia la fortuna, le sobrevino una fiebre que le alteró de tal manera la salud, que le produjo la muerte en abril de 1556, a unas cuantas leguas del puerto Nombre de Dios.

Entónces el virrei, sabedor de todo lo de Chile, quiso remediar los contratiempos de la guerra i poner fin a la escandalo-

(1) Reales cédulas en el tomo XIII de *Documentos inéditos* del señor Medina.

sa competencia de Villagran i Aguirre nombrando de gobernador a su propio hijo don García Hurtado de Mendoza.

El 21 de julio de 1556 espidió una circular a los cabildos en que les comunicaba esta decision.

Villagran recibió con inalterable dignidad i cortesia en la forma al encargado del virrei, i hasta lo agasajó con regalos; pero en el fondo debió sentirse hondamente desengañado con una designacion injusta a su parecer i desconocedora de sus valiosos servicios.

Desde Coquimbo se volvió al Perú por mar el comisionado i el correjidor se encaminó a su vez al sur.

Aquí se desarrollaban sucesos importantísimos. En el invierno de 1556 habia amenazado a la colonia el peligro mas grande de cuantos la perturbaron despues del incendio i destruccion de Santiago. Lautaro concibió el plan de invadir el norte del Biobio i llegar hasta esta ciudad, quizas con intencion de espulsar del territorio a la raza invasora o simplemente movido por el espíritu de rapiña que caracteriza al bárbaro.

Ello es que propuso a los araucanos tal idea; mas éstos, indolentes i apáticos de suyo cuando no se trataba de sus tierras, no lo acompañaron en su empresa. Sin embargo, logró reunir seiscientos guerreros.

Lautaro, montado en un caballo de los españoles i vestido con algunas prendas i armas recojidas, cruzó el Biobio en la primavera de 1556. Animaba en su trayecto a los indios a que lo siguieran, i les talaba los campos si no lo hacian. Llegó hasta el otro lado del Maule i se atrincheró en la orilla sur del rio Mataquito, donde sostuvo un récio encuentro con veinte hombres que mandaba el capitan Diego Cano, despachado por el cabildo contra el afortunado caudillo indijena. Los españoles, dejando en poder de los indios un muerto, cuya piel rellenaron de paja i colgaron de un árbol, volvieron a Santiago, muchos heridos o estropiados.

Se encontraba entónces en la ciudad Pedro de Villagran, el militar consumado de estas luchas, el terror de los araucanos. Apresuradamente reunió cuarenta jinetes i corrió al encuentro del enemigo.

Iban a medirse, pues, los dos guerreros mas formidables de

aquella época, que personificaban la índole i el valor heroico de sus respectivas razas.

Estaban de parte del jefe bárbaro las ventajas del número i de las posiciones, que había elejido con bastante tino para defenderse i ofender i hecho fortificar con detencion; pero el castellano, tipo del caballero sin miedo, no retrocedía ante ninguna dificultad.

Villagran acampó una noche lo mas cerca que pudo de las posiciones de Lautaro i tomó todas las seguridades que su experiencia le aconsejaba para impedir una sorpresa. No hubo otra alarma que el ruido que hizo un caballo suelto i espantado por los indios hacía el campamento español.

Al amanecer emprendió el ataque. No pudiendo maniobrar la caballería, mandó avanzar a pié a su jente. Cuando estuvo cerca, la de Lautaro, hasta entónces inmóvil i oculta, se lanzó a la refriega al toque de la trompeta del caudillo (1).

El choque fué violento. Aunque los soldados castellanos hicieron prodijios de valor, especialmente uno esclavon o lombardo llamado Andrea, se vieron compelidos a retroceder. En la retirada los bárbaros los persiguieron con tenacidad i audacia.

Villagran se rehizo i en la mañana siguiente renovó el ataque, pero el fuerte estaba solo. Lautaro se había retirado en la noche al sur por la cordillera de la costa.

Fué a establecerse a los campos cercanos a la desembocadura del Itata. Indujo aquí a los indios comarcanos a una nueva invasion i los arrastró hasta la márjen norte del Mataquito, a inmediaciones del lugar llamado Huerta.

Describe el rio en este lugar una especie de semicírculo dirijido del noreste al suroeste. En este sitio se forma un pequeño llano entre el rio i los cerros que se estienden paralelos a él. Hacia el norte se levanta un monte que se denomina Chilipilco. Al lado septentrional de este cerro estableció Lautaro su

(1) Los historiadores cuentan que Lautaro se valia de una trompeta en los combates. Los indios usaron desde la conquista hasta sus últimas peleas el cuerno como instrumento de guerra. Góngora Marmolejo dice que con él se acaudillaban, se llamaban i entendian lo que debian hacer.

campamento, punto verdaderamente estratéjico; porque estaba defendido por el Mataquito al sur, el riachuelo i los Altos de Caune al poniente i bosques impenetrables a los otros vientos. A estas defensas naturales agregó el jefe de los araucanos fosos i trincheras de troncos.

La ciudad de Santiago, bajo la impresion de espanto que le producía la marcha de las hordas salvajes, organizó con toda premura una columna de treinta jinetes i un crecido número de indios auxiliares que puso a las órdenes del capitán Juan Godínez. Salió este militar para el sur por la mitad del mes de abril (1557).

Coincidió que al mismo tiempo volvía al norte el correjidor Francisco de Villagran con cerca de ochenta hombres. Al imponerse de tal suceso, resolvió atacar a Lautaro en sus posiciones i al efecto dispuso que Godínez lo aguardase al norte del río Teno.

Atravesó el Maule i siguió de largo al enfrentar al campo de Lautaro, quién llegó a persuadirse por esto que sus enemigos le temían.

Reunidas ambas fuerzas al norte del Teno, Villagran se previno para llegar a las posiciones de los indios. Tenía que emprender para ello un largo i difícil rodeo al traves de las montañas, que lo llevara al norte de las trincheras indíjenas.

Un indio práctico lo condujo por la serranía de Las Palmas, nombre que tenía entónces, i tiene aun, por las manchas de estos árboles que había en ella.

Aun no amanecía el día cuando los espedicionarios llegaban a los faldeos de Chilipilco, el 29 de abril.

Las tropas de Lautaro estaban desprevenidas: unos grupos entregados al sueño i otros a la embriaguez. Inopinadamente los castellanos caen sobre ellos. La primera confusion i carnicería fueron indescriptibles. Los indios auxiliares entraron tambien en pelea con su peculiar ferocidad para matar a los vencidos.

Las tropas bárbaras combatían a pesar de todo con desesperado arrojo; pero habiendo caído muerto el caudillo araucano, su alma i su director, tuvieron que retirarse del campo. Saltan las palizadas i huyen por el llano, donde sufren la mas encarnizada persecucion de los españoles i sus indios amigos.

Pocos de los de Lautaro sobrevivieron a la matanza de la derrota; cerca de seiscientos cadáveres quedaron esparcidos en el sitio de la sorpresa. De los españoles murió un pariente del correjidor, Juan de Villagran, i muchos salieron heridos o contusos.

Despues de tan brillante victoria, Villagran continuó su marcha a Santiago, donde el vecindario lo recibió con demostraciones de entusiasta alegría (1).

A pesar de tan relevantes servicios, iba a recibir pronto no solo el bochorno de entregar el mando sufriendo una injusta postergacion, sino tambien una intolerable afrenta.

El 23 de abril habia arribado al puerto de Coquimbo el gobernador elegido por el virrei del Perú.

La escuadrilla que lo conducia se habia hecho a la vela el 2 de febrero del mismo año (1557). Traia consigo ciento cincuenta infantes i algunos capitanes de mérito, entre los cuales figuraba el insigne cantor de *La Araucana* don Alonso de Ercilla.

Como en los buques no hubo espacio suficiente para la caballería, compuesta de trescientos jinetes, la despachó por tierra bajo las órdenes del capitan Luis de Toledo.

Venia preparado, por último, con un abundante acopio de elementos de guerra, como armas, municiones i vestuario. Su equipaje personal, sobre todo, llamaba la atención por lo elegante i numeroso de los trajes i de las armas, como correspondia a un magnate de su alcurnia.

Segundo del gobernador o teniente jeneral, con ejercicio ademas de la magistratura superior de justicia, era el licenciado Hernando de Santillan, oidor de la audiencia de Lima.

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXII.—MARIÑO DE LOBERA cap LIV.—ERCILLA, canto XI i XII. En los cantos siguientes de su poema, el poeta ha engalanado esta jornada con episodios novelescos que la historia sería no puede tomar en cuenta. Uno de ellos es el idilio de Lautaro con la india Guacolda.

TOMAS GUEVARA.

(Continuará)